

NINIAS.

Desde hoy eres mi propiedad.

ORIEL.

Mandad, señor, mandad; pero que no me pe-  
guen tanto.

SÁTRIAS (*al rey*).

Es hora de ir al templo, señor.

NINIAS.

Voy. Pero antes, sátrapas, saludad en Hifalia á una princesa de Babilonia. (*Se oyen rumores de descontento.*) ¿Qué es eso? ¿Murmurais? Pues así como los dioses pueden hacer de un poco de polvo una virgen hermosa, yo puedo hacer de una cautiva una princesa. Y así como los dioses pueden con el soplo de la muerte hacer del hombre más poderoso un monton de polvo, yo puedo, señores, hacer de mis sátrapas un monton de cadáveres. (*Los sátrapas caen de rodillas.*) Levantaos, vámonos al templo. Tú, Sátrias, quédate ahí para arreglar el salon en que Ninias vá á guardar á su Hifalia. (*Vánse todos, ménos Hifalia y Sátrias.*)

SÁTRIAS (*mirando con recelo el sitio por donde ha salido Ninias*).

¡Oh! El tirano, el tirano cruel, coronado de rosas, vestido de lino, afeminado, sin sangre en el corazon, sin fuego en la mente, juguete vil de sus caprichos, sin fuerza para sostener el cetro de un reino entre sus manos de niño, es la sombra que se levanta en el camino de mi felicidad, en el edén de mis amores. No, no lo consentiré. Salta mi corazon, ruge mi pecho. Ven, Hifalia, ven á mi lado. Yo no tengo más pasion, ni más idea, ni más esperanza, ni más recuerdo que tú, amor mio, tú. Y quiere arrancarte de mi lado ese imbécil de Ninias. El tigre herido, el águila de sus polluelos despojada, el leon hambriento, no son tan feroces como yo celoso. Una chispa no más de este incendio que me abrasa el alma, puede devorar á toda Babilonia. Aquí, en mi corazon hay más fuego que en hirviente volcan, y en mi lengua hay más veneno que en las fáuces de las víboras. Antes que consentir en que sus impuros lábios se posen con amor en tus lábios, le arrancaré el alma. Babilonia me lo agradecerá. En este imperio, un rey flaco enflaquece á su pueblo, un rey caprichoso lo mata. Y Ninias está demente. El poder se le ha

ceñido á la cabeza como una serpiente. Mi brazo se ceñirá á su corazon , y le estrujará , y lo aniquilará.

HIFALIA.

Cálmate, cálmate, por piedad.

SÁTRIAS.

Me dices que me calme, que me sosiegue, cuando el alma estalla en mi herido cuerpo. Tú le amas. Tú ¡infeliz! te has dejado seducir de su grandeza. Te ves ya con una corona de perlas en la frente, y me olvidas, porque me crees hundido en el polvo. Has escuchado la palabra de un rey, y le has seguido , como el ave inocente sigue el reclamo del cazador. Bien ; algun dia, cuando la flecha envenenada llegue hasta tu corazon y lo traspase, yo te veré exánime en el polvo, y mi corazon, este corazon que te ha amado tanto, rebotará de alegría. ¡Oh! Tú no sabes lo que puede mi ira, lo que guarda mi venganza. Si conviertes al rey los ojos, te arrancaré la vida. Caeremos juntos en la eternidad , como esas gotas que las rocas destilan sobre los abismos. Tú podrás abrazarle hoy ; pero mañana abrazarás la muerte. El soplo helado de mis lábios exánimes extinguirá tu

sér y mi sér , tu alma y mi alma. Yo prefiero la nada á tu desvío. Todos los tormentos de la tierra juntos son dulces en comparacion de estos furiosos celos. Deja que te mire; deja que me pierda en esas pupilas ardientes como el desierto; deja que respire tu aliento, y con tu aliento la voluptuosidad de amoroso delirio. Huiremos antes que venga el rey. Pero ¿á dónde huir, si su brazo alcanza á todas partes? Contra un déspota no hay más refugio que la eternidad. Mira este puñal. Si te arrastra hasta su lecho, te lo clavo en el corazon. ¡Pobre flor nacida en los desiertos para morir en los palacios! ¡Pobre avecilla, que debia surcar el cielo y está aquí aprisionada y herida! Como la cigüeña que desafía la tempestad, vas á consumir tus alas en el fuego del cielo. ¡Luchar , luchar con un rey, con el dueño de todas las almas , con el señor de todas las voluntades! Pero hay un rey más poderoso, más grande, más incontrastable, y es, Hifalia.... este puñal.

HIFALIA.

Tu corazon es más impetuoso que el torrente. Cuando abandoné mis palacios de Egipto por seguirte; cuando desde el punto en que te vi en tu áureo carro de guerrero te amé ; cuando te he

acompañado por los bosques , por los desiertos; cuando á tu lado he visto correr la sangre en los campos de batalla ; cuando me he entregado al placer en tu tienda , oyendo los quejidos de tus víctimas derramados por los aires ; cuando nada han valido para mí ni los templos, ni los jardines, ni las riquezas en comparacion de tu amor; cuando he mirado indiferente morir á mis bienhechores sin consagrarles una lágrima, porque mis bienhechores se oponian á que te siguiese , dudar de mi corazon, no conocer hasta el último secreto de mi pensamiento , es , ó una gran torpeza , ó un gran crimen.

## SÁTRIAS.

Perdóname, Hifalia mia, perdóname. Yo no he nacido en esta tierra maldita de Babilonia, donde es un culto y una virtud la prostitucion de las mujeres. Yo he nacido para amar mucho á un sólo sér, á uno sólo, sí, ¿lo entiendes? á un sólo sér. Si vieras los templos , te horrorizarias. Allí , en los jardines, bajo el oscuro ciprés , sobre un lecho de flores, recostada la frente en el cuerpo de la esfinge de mármol, envuelta en la nube de humo que despide el pebetero de oro , cubierta de blanco cendal, coronada la sien de verberna, ceñi-

da la garganta de perlas, la virgen ruborosa, con las mejillas encendidas y los ojos arrobados, conmovido el turgente pecho por loca impaciencia, cortado el aliento por continua incertidumbre, acalorada la fantasia por los sueños de voluptuoso amor; espera que el extranjero, el caminante que pasa un momento bajo los muros de Babilonia, libe las primicias de su amor; y conseguido su intento, se levanta, y de rodillas ante los piés de la diosa Militta, le pide que bendiga su seno fecundado por el amor de un hombre á quien acaso no volverá á ver en su vida, profanada así por cultos bárbaros y criminales dioses. Yo, que he nacido léjos de aquí, en otras tierras, en otros climas, donde el sol es más ardiente, y la vida más intensa, y las pasiones más tempestuosas, no puedo querer á mujeres así profanadas. Y mi corazon se ha unido á tí como la raíz de la planta á la tierra, como la luz de la estrella al cielo. Tú eres la única imágen de amor que se desliza sobre esta gran ciudad, que es la torpe prostituta del Oriente. Si tu amor me faltara, me faltaria la vida. ¡Oh! No, no. Ninias te amará un instante para olvidarte despues. Su corazon está agotado. Su alma no puede amar. El trono es en Oriente un tormento en que se pier-

den las fuerzas. El poder es una flor venenosa que mata hasta el alma. Tú y yo tan sólo podemos amar aquí.

HIFALIA.

Oigo un rumor... un cántico que no puedo interpretar.

SÁTRIAS.

¿Esperas impaciente á Ninias? ¡Infame!

HIFALIA.

Tú no me amas. Si me amaras, verias la luz de mi pasion en mis ojos, la transparencia de mis deseos en mis megillas y en mi frente. Tu sér temblaria delante de mí como la rama del árbol sacudida por la lluvia del cielo. Al mirarme, verias los latidos de mi corazon, que me están diciendo siempre tu nombre. Y en esta turbacion que me asalta, en estas lágrimas que se desprenden de la tempestad de mi alma, conocerias mi ardiente amor. No dudes, por piedad, de mí. Sálvame de ese rey, cuyo cuerpo perfumado, cuya cabeza ceñida de flores, cuyas manos cubiertas de diamantes, cuyas pálidas megillas, cuyos apagados ojos, cuya risa convulsiva y siniestra me

repugnan con invencible repugnancia. Huyamos de aquí. Vagar por los bosques, oír el arrullo de las palomas torcaces, beber el agua recogida del torrente en el hueco de la mano, adorar los dioses que hablan en el estampido del trueno y en el bramar del huracan, ceñir á la frente las flores cargadas de rocío, despertarse con la aurora que tiñe de sonrosado color los horizontes, dormir en lecho de palmas recogidas en el desierto cuando el sol se pone, confiarse enteramente al amoroso regazo de la naturaleza, tan próvida y tan buena para sus hijos, es un placer que no pueden sentir los que en estos altos palacios no han visto más rayo de luz que el mustio resplandor que atraviesa los espesos muros, ni han respirado más aire que este soplo de muerte perfumado por pebetesos, cuyas nubes de humo no tienen tantas esencias como la última florecilla del campo. Huyamos, huyamos.

SÁTRIAS.

¡Infeliz! ¿Crees posible huir? ¿Crees que allá en el seno de la naturaleza encontrarías libertad para tí, paz para tus amores? La sombra del rey á todo alcanza. Su voluntad puede emponzoñar esas fuentes que habian de apagar tu sed, y secar

esos frutos que habian de saciar tu hambre. Aquí, hasta la tierra muda y fria se modela por la voluntad del rey ó por su capricho. Esa sombra levantada en la cima de una sociedad que es un sepulcro, puede oscurecer hasta el cielo. Y si huyeras de él, te seguiria como el eco sigue á la voz. Por eso en estos palacios no hay más salvacion que el puñal. La muerte puede más que el rey. Un puñal se esconde en cualquier parte. El gigante que anda descuidado, sin mirar en su orgullo el polvo de la tierra que remueve, puede sentir que una víbora imperceptible le clava hasta el alma venenoso aguijon.

#### HIFALIA.

Se oyen los cánticos y músicas que se acercan. El rey viene rodeado de su corte. Las flautas, las trompas, las arpas resuenan como un coro sin fin bajo los arcos de este gran palacio. Los diamantes, el oro, las perlas deslumbran como si el cielo hubiera descendido á estos salones. Y tantas riquezas no pueden llevar un átomo de paz al espíritu que quiere oír otros cánticos y volar por otros horizontes.

#### CORO DE DONCELLAS (*entrando en el salon*).

La fiesta ha concluido, y los dioses del cielo han gozado y se han sonreido al contemplar nuestras ofrendas. Militta, la andrógima Militta, sentada en su trono de rosas, ceñida de rayos de oro la frente, acompañada por las blancas palomas que la arrullan amorosas, luciendo á sus piés peces de variadas escamas, ornada con collares de algas y de perlas, envuelta en celeste manto recamado de plateadas espumas, despide ya de su corazón, más lleno de vida que el nublado cielo de agua, las emanaciones del amor universal, que acercan un astro á otro astro, una flor á otra flor, un ave á otra ave, un átomo á otro átomo, y cubriendo con el tegido de las formas todas las cosas, encienden ese fuego, que así colora las mejillas de la virgen con encendido rubor, como los inmensos cielos con los reflejos de la aurora, y así se oculta en el seno del rutilante sol, como en las frias moléculas de los metales, esencia misteriosa del alma de la naturaleza. Al lado de Militta hemos visto á Thamo, al eterno amante de la tierra. Los signos del zodiaco le servian de corona, el sol de carro, y en su rápido curso por los cielos levantaba astros, como el caminante levanta polvo

er el desierto. Sus ojos iluminaban los abismos, su mano pintaba las flores, su aliento, deslizándose como un suspiro sobre las aguas, las rizaba en una ondulacion continua que producía misteriosa música. Pero pronto descendía de aquel asiento de fuego á la tierra, y tendiéndose en un carro tirado por alados bueyes, derramaba semillas en el surco abierto por el labrador, flores en los jardines de Semiramis, aves en los bosques, gotas de lluvia en el rio, que producian como un armonioso coro; porque es el artista que hermosea con su cincel la naturaleza. En sus manos, más blancas que la argentada espuma, el eterno Belo ha depositado el sacro fuego en que vive la tierra, y en que toman sus colores y sus matices todas las cosas. Mas ¡ay! que la diosa de la vida, envidiando nuestra ventura, nos lo arrebató con su soplo, como el ala del céfiro se lleva la gota de rocío prendida, al nacer la mañana, en la flor del almendro. El lloro que su muerte ha arrancado, se oye en el mar de Eritrea, empapa con lágrimas el hisopo y la mirra de Palestina, suena como una catarata henchida por las lluvias del invierno en el monte Libano, y cubre de tinieblas el templo de la diosa de Afaza, que en vano busca, herida de espinas, á su amado por los umbro-

sos bosques. Nosotras, dios del amor, te guardamos en el santuario de nuestra memoria. El primer beso que recibamos de nuestro amante, lo ofreceremos en holocáusto á tu nombre; y el primer hijo que palpite en nuestro seno, se parecerá á tí en el color de oro de la ensortijada cabellera. Nosotras cincelaremos tu faz en los vasos, en la puerta de nuestros apartamientos, en el altar de nuestra casa, en la cabecera de nuestro lecho, en la joya que prendamos á nuestras gargantas, en los brazaletes y en las sandalias, para que custodies nuestros corazones; y todos los años, cuando la primavera nos anuncie con sus flores y sus parleros arroyos y el cántico de sus aves, tu bendito nombre, mulliremos un lecho de mirtos y arrayanes, tenderemos en él tu estatua, colgaremos á tus piés un rizo de nuestras cabelleras, haremos que las golondrinas rocen con sus alas humedecidas en las aguas del Éufrates tus entornados párpados, cubriremos tus cejas y tus mejillas con el áureo polvo caído de las alas de las mariposas, pondremos palomas á tu cabecera para que velen tu sueño de muerte con sus arrullos, agitaremos en nuestras manos palmas y ramos de granado, y entonando un himno voluptuoso como tu nombre y ardiente como tu recuerdo, nos entregaremos

al vino para mezclar nuestra sangre con tu sangre, y al amor para imitar en nuestra breve vida tu feliz existencia, que fué un placer infinito y sagrado. Ámanos, Thamo, ámanos, porque sin tu amor no puede ser bella ni fecunda la hija de Babilonia.

CGRO DE SACERDOTES (*entrando en el salon*).

En el principio de la vida, cuando el vacío se extendía como un sudario sobre los espacios que más tarde había de llenar la naturaleza, sólomente Belo existía, recostado en su eterno lecho, meditando en sueño delirante y febril el mundo de lo porvenir, que se dibujaba en su mente. Las tinieblas caían de la eternidad, envolviendo en sus pliegues el embrión del espacio y ocultando las primeras palpitations del tiempo. El dolor de su profunda meditacion arrancó á Belo una lágrima, que difundiéndose y dilatándose creó las primeras aguas donde el génio divino había de ensayar con estelas y espumas los borradores de las futuras creaciones. Entonces el espíritu de la vida, encerrado en el Océano, comenzó á sacudir las ondas y á pintar sobre la superficie, más ligera que una ilusion, formas y más formas de seres. El Océano engendraba cuerpos rudos, troncos

animados, corazones separados del pecho, ojos que flotaban como escamas caídas de un pez, centauros, esfinges, mónstruos, fantasmas producidos por el primer enrojecimiento de la vida, que tenía la duracion del relámpago. Por fin, el espíritu creador, concentrándose, arrojó sobre el limo, sobre las algas marinas, sobre las arenas, en un esfuerzo supremo, serpientes, cocodrilos, peces, que aleteando sobre las aguas despertaron con el ruido de las palpitations de su reciente existencia á Belo, que estaba sumido en su eterno sueño. Entonces la diosa Thalate, la celeste mar, incorporándose sobre los abismos y levantando al cielo su frente ceñida de argentadas espumas, presentó al Creador en los pliegues de su manto, más ligero que el aire, las formas de todos los seres creados, que brillaban como las centelleantes y blanquecinas estelas en la callada noche. Belo vió con su mirada intuitiva, divina, las formas todas de la vida en el mar, la arcilla que se condensaba en islas flotantes, el coral y las algas que ensayaban los primeros árboles, los minerales que corrían disueltos en las aguas como las estrellas en el éther celeste, los animales que saltaban gozosos, la serpiente enroscándose á los árboles marinos, el pez flotando en los verdes

abismos, el cetáceo queriendo ya respirar en otra vida mejor, la blanca gaviota que abría sus triunfantes alas en los aires; pero vió que faltaba el espíritu. El pródigo dios cayó en un vértigo, y herido por el amor á la vida, arrancó de sus venas la más pura sangre, consagró con ella la tierra condensada sobre los mares, y brotó, más pura y rutilante que la aurora, la alma inteligencia sobre el mundo. Apenas el fuego de la inteligencia había enrojecido á la tierra con esa fuerza infinita y divina que sólo puede poseer el espíritu, cuando del seno de la materia, á la sazón más lozana que la flor en primavera, comenzaron á levantarse, cual blancas mariposas que sacuden sus larvas, los demiurgos, ideales flotantes de los soles, de los astros, de los mundos, de todas las formas y todas las esencias de la vida; y al punto dejaban caer en su camino estrellas, mujeres aladas que se mecían en los aires, hermosos mancebos que convertían los espacios vírgenes en un lecho de amor, ángeles, todas las formas, todas las organizaciones más perfectas y más radiantes del eterno sér. A su impulso, el sol osciló en lo infinito, los coros de estrellas se esparcieron por los cuatro puntos del horizonte como doradas abejas, los cometas soltaron su flamígera cabelle-

ra, el zodiaco se enroscó á los cielos como una serpiente de fuego, y la vida quedó completa, y las esferas deslindadas, y la tierra en el centro de los astros como el broche que enlaza el collar de una virgen. Por eso nosotros adoraremos siempre á los astros, y creeremos que la tierra es un altar donde deben levantarse eternamente sus holocaustos y sus sacrificios. Nosotros aspiramos á lo infinito. De los abismos de la eternidad descendió, después de concluida y cimentada la creación, una blanca nube que llevaba en su inmenso seno, hirviente como un volcan, la fuerza que agita todas las cosas, y que se llama deseo; y cayendo el deseo sobre la naturaleza, la hizo levantarse en su lecho, arder, rebramar en su límite como el mar y como el viento, y aspirar á lo infinito en la expansión de su vida; y así, nosotros, polvo de la tierra, nos dejamos llevar en alas de esa fuerza á las regiones donde habita el verdadero centro de la vida.

NINIAS (*dejándose caer en un almohadon*).

¡Oh! Las fiestas me hastían. Esas trompetas, esas arpas, esos cánticos, esos coros nada dicen al corazón desolado. Despojémonos del manto: pesa como una capa de plomo. Dejémos á un la-

do esta resplandeciente tiara, que descoyunta y aplasta los huesos de mi cabeza. El aire, perfumado por mil pebeteros, me ahoga. Feliz pastor, que en tu oasis, al pié de clara fuente, viendo tu ganado, sin recelos ni zozobras, respiras el aire humedecido por el rocío, perfumado por las flores, que dá aliento al pecho, alegría al espíritu; é ignoras cómo abrasa este aire cargado de adulación, cómo martiriza esta vida aislada en la cúspide del poder, cómo atormentan estas miradas siempre bajas y avergonzadas, cómo desgarran el corazón esta desconfianza que nos cerca, y cómo á medida que se vá levantando la vida á las esferas superiores, todo se pierde, todo se esteriliza, cual sucede en esas altas montañas, cubiertas de bosques en sus piés y ceñidas por desiertos de nieve en sus elevadas cimas, que bañadas por los rayos del sol, brillan y deslumbran al que de lejos las mira, y matan al que cree encontrar una vivienda en sus desolados hielos. Sacerdotes ó sacerdotisas, dejadme, dejadme; necesito paz, necesito conciliar un poco el sueño para olvidarme de todo. (*Se van todos*). ¡Qué gran pena es la soledad del poder! El espíritu se acostumbra á creerse superior á todo, á tomar su idea por medida de todas las cosas, á imaginarse dueño de la na-

turalidad, á luchar con las fuerzas ciegas de la materia; y de esto nace el vértigo que nos trastorna y nos arrastra en un instante al crimen para grabar en la mente un sombrío remordimiento que recuerde nuestra impotencia. Yo he desolado una ciudad por el placer de mirar una gran catástrofe; he abrasado un ejército en hogueras que encendí como un círculo de fuego alrededor de un campamento; he dejado morir de hambre en hondos calabozos á millares de esclavos que acompañaban con sus lamentos y con sus últimos quejidos mis festines y mis orgías. Cuando recuerdo esto, un velo de sangre cubre mis ojos, un vértigo infinito posee mi espíritu, las esfinges se animan reconviniéndome, los toros de bronce mugen, las águilas de oro agitan sus alas, los cocodrilos de granito abren sus fauces, y las grandes columnas se cimbrean como si fueran todas á caer sobre mi conciencia para aplastar mi cabeza y extinguir mi espíritu. ¡Qué día aquel tan terrible, en que perecieron todos mis esclavos por un capricho mio! ¡Me dijeron que la esterilidad iba á subir hasta mi palacio, que el descendiente de Semíramis no iba á tener pan que llevarse á la boca! En tal apuro, decidí matar de hambre á mis esclavos, y los enterré á todos en los hondos sub-

33209

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1905 MONTERREY, MEXICO

terráneos de esta gigantesca mole. Yo fui á ver aquel monton de cadáveres, cuando creí que en todos se habia extinguido hasta el último calor de la vida. Unos estaban caidos sobre otros en actitudes horribles. El hambre se dibujaba en aquellos rostros lividos y espantosos, iluminados por una pequeña antorcha que yo llevaba en mi trémula mano. Algunos se habian dado muerte mutuamente en una lucha en que ni el ódio ni la venganza les movia, sino la compasion; y otros habian perecido con los labios puestos en el cráneo de sus compañeros, cuya sangre habian bebido para apagar su sed. Veíanse en las paredes sesos pegados de los que se habian roto el cráneo buscando una muerte más pronta y más segura. Algunos se habian desgarrado el vientre, y sobre el frio pavimento humeaban aún sus entrañas. Un hedor asqueroso hacia apartar la vista de aquel gran acerbo de seres segados en un dia por un capricho. El silencio que allí reinaba, el frio que hacia en aquella profundidad, el hedor de la corrupcion, los cadáveres amontonados, la sangre por do quier coagulada, los miembros esparcidos de los infelices que se habian adelantado la muerte, los animales inmundos que se reunian para saborear aquel festin de carne humana, los mur-

ciélagos que revoloteaban en las tinieblas como sombríos espíritus escapados de aquellos cuerpos helados, el remordimiento que trastornaba mi conciencia, el vértigo que me causaba cuanto veía, los dolores de mi corazon, me forzaron á quedarme clavado, inmóvil, á la puerta; cuando de pronto se levanta un infeliz manchado de sangre, cubierto de heridas, livido, agitado por convulsivo temblor, y apartando con ambas manos el cabello que le caia sobre el cadavérico rostro, y poniendo en mí sus siniestros ojos que despedían su última luz, y alargando sus descarnados brazos: «Maldito seas, me dijo con ronca voz, maldita sea tu raza, que algun dia ha de tener en Babilonia un tormento más horrible que este tormento, y un sepulcro más frio que este sepulcro;» y cayó haciendo un ruido espantoso como el de una piedra que rueda en el abismo, ruido que me pareció un eco de las puertas de la eternidad que á mis espaldas se cerraban para sepultarme con mis víctimas. Este gran terror me hizo arrojar la antorcha y quedé á oscuras en aquel cavernoso antro de la muerte. Entonces comencé á correr al acaso, sin ver nada, cual si me poseyera insensata locura. Mis piés se resbalaban en la sangre, mi boca maseaba aquel aire de corrup-

eion, mis ojos sólo descubrían la siniestra mirada de algún buho perdido en la oscuridad, imagen viva del remordimiento, mis manos tocaban los helados cuerpos, mi pecho se ahogaba, hasta que al fin caí envuelto en los cadáveres, sin sentido, no despertándome de aquella febril calentura sino cuando mis magos me sacaron al aire libre, viniendo á buscarme aterrorizados de mi larga estancia en tan sombrío lugar. Desde entonces no pasa una hora sin un remordimiento, sin que esté fijo mi recuerdo en tan horrible espectáculo, y atenaceada mi conciencia por tan negros horrores. ¡Ah! Distraigámonos un poco. ¡Ah de mis guardias! El esclavo que me ha regalado mi sátrapa Sátrias, que venga á mi presencia ahora mismo. Hablaré con él. Acaso me distraiga. ¡Qué hastío!

EL GUARDIA.

Entra, maldito, entra. (*Le cruza la cara con un látigo á Oriel.*)

NINIAS (*meditando*).

¿Qué somos? Átomos caídos de los cielos que el viento arrastra á su antojo por la tierra, ceniza de un incendio apagado, granos de arena de

un desierto cuyos límites no conocemos, pobres hojas de una flor agostada, semillas que el cáliz de la vida sacude para que den tan sólo la muerte. Este cielo siempre igual, este desierto inmóvil, este río que serpentea como una culebra, estos saúces que gimen con monótono gemido, estos jardines que no saben crear una flor nueva, estas esfinges me cansan y me desesperan con su constante uniformidad. Algunas veces quisiera volar hasta los astros, y tener por carro de guerra una dorada estrella; y otras veces golpeo con mis plantas la tierra, pidiéndole un sepulcro, y en el sepulcro un sudario de negras y frías tinieblas. Nada tengo que desear. Coronas, reinos, esclavos, mujeres, riquezas, elefantes, armas, ejércitos, jardines, palacios, todo, todo me sobra, y todo, todo me hastía. Si yo pudiera desear, si aquella nube que en los primeros días de la creación vagaba por los espacios infinitos llevando en su oscuro seno el deseo, bajara hasta mí, y me diera una aspiración eterna hácia algo imposible que animara un poco mi corazón, sería feliz, libertándome de esta indiferencia, que es la muerte eterna de mi alma. Pero me olvidaba que estabas ahí. Esclavo, acéreate.